

## PING-PING

CUENTO ORIGINAL

### I

Grandes lecciones se ofrecen contra el necio desdén, no exento de cruel desconfianza, con que algunos cristianos viejos miran a veces a los convertidos. Recuerdo por esto una aventura, mejor dicho, un episodio de mis navegaciones.

Cuando yo estaba de segundo en la corbeta *María del Carmen*, en uno de nuestros viajes a China nos ocurrió que, días antes de llegar a Macao, se murió nuestro cocinero, Salvadorcito, un pobre negro. La diligencia y esmero verdaderamente femeniles del cocinero, su hablar de niño, su mal humor de vieja regañona y, en fin y sobre todo, su refinado gusto y arte para los guisos, le habían hecho famoso e inolvidable. En el Océano Indico, cuando la corbeta se hallaba casi a la mitad de la travesía, el infeliz se sintió malo; caldeada por devoradora fiebre, hirvió su sangre en las venas como el rancho en la marmita, desmayaron sus fuerzas, languideció su alma y el malaventurado expiró.

Metimos su cuerpo en un saco, atóse reciamente éste, amarrando a él una bala de grueso calibre, y allá fue a la mar aquel costal de carbón, según un marinerote dijo con fiera indiferencia, que le valió un castigo del capitán.

Desde entonces nosotros, los oficiales y la gente, tuvimos que alimentarnos con insípidos o salobres comestibles, unas veces duros y crudos, otras pasados y ahumados. Hízose por recurso excesivo consumo de galleta, tasajo, vino catalán y ron.

—Es necesario—llegó a decir el capitán—«hacer un cocinero».

Hacer un cocinero quería decir educar a uno de los muchachos de a bordo para el buen desempeño de tan difícil oficio como el de cocinar. No era, en verdad, cosa fácil convertir en artista de tamaña habilidad a cualquiera de aquellos de nuestros marinerazos, hombres de nariz y de paladar obtusos y de manazas gordas y ásperas.

Hicimos al cabo el viaje aguantando el tormento del estómago, disgustado con insubstancial alimentación, y llegamos a Macao, de donde pasamos al río de las Perlas, fondeando en Vampoa, primer puerto de Cantón. Estuvimos allí algún tiempo haciendo nuestra carga de marfiles lustrados con exquisita pulidez y gracia de los eburneistas escultores y cinceladores chinos; acopiamos porcelanas traslucientes y doradas con misterioso artificio pekinesco, figurillas grotescas, máscaras ridículamente horrendas, idolillos burlones, abanicos, quitasoles, telas de bordados lujosos en sedas de colores vivísimos con inimitable destreza combinados, té imperial y cajas de rarísimas conchas y caracoles para los coleccionistas europeos y para los museos de Historia Natural. Nuestro cargamento era precioso y en extremo delicado, y propio, sin duda, de aquella nuestra corbeta, elegante y linda como un estuche de joyería.

Por los afanes de codicioso mercantilismo, y en las faenas de la carga, nadie se acordó de buscar un cocinero. Cierto que allí no podíamos dar con nada bueno; hubiéramos corrido el peligro de escoger un galopin italiano o un borrachín inglés, un aventurero de los de las colonias europeas, un tunante al que hubiéramos tenido que educar a vergajazos . . . y la empresa habría sido enojosísima y penosa, y al fin estéril; casi preferible resultaba morir de hambre.



—Andrés —me dijo el capitán cuando salíamos de Vampo con rumbo a Europa,—nada se ha hecho por el estómago; falta el cocinero. Elija usted entre la tripulación uno que sea capaz de guisotear con limpieza.

—Los gavieros son limpios.

—Mejor será dar el cargo de la cocina a cualquiera de los muchachos de cubierta.

—Así se hará, capitán.

Aún no había yo hecho la elección de cocinero entre la gente de a bordo, y cuando ya nos hallábamos lejos de las costas de China, apareció en el buque un mozalbete pequeñuelo, delgado, pálido, con tinte amarillento y facciones menudas; ojos negros oblicuos, un verdadero tipo de la raza asiática oriental. Tímido, silencioso, mañosísimo, pulquérrimo y tan delicado, que por lo endeble hubiera podido pensarse que era de cuerpo quebradizo como el cristal.

—¿Quién ha metido a bordo este bicharraco?—preguntó fieramente y frunciendo con marcada hurañía el entrecejo nuestro capitán.

Nadie supo responder a esta pregunta.

—Este pájaro será algún granuja cantonés que se ha escondido en el barco para librarse de los azotes y del cepo—añadió nuestro jefe.

—¿Sabes cocinar?—se le ocurrió decir a Anselmón, el contra maestre.

—Yes—contestó el chino, de modo que se oyó en un aliento, pues dijo tal palabra como si hubiera querido imitar a una miss de la City de Londres, de las que hablan suspirando.

—Pero, en fin, ¿cómo te has colado aquí?—preguntó el capitán.

El chino guardó silencio.

—Está bien; encárgate de la cocina, pero ¡hay de tus pobres orejas si lo hicieras mal!

Nadie pudo advertir entonces que el chinito y uno de los gavieros, Ignacio *el guipuzcoano*, cambiaron significativas miradas de amistosa inteligencia; y cuando el capitán dio orden para que fuese conducido el chino a la cocina y para que tomase cuenta del pañol de provisiones, manifestando además su esperanza de que nos habría de hacer bien por lo menos el té y el arroz, Ignacio tomó por sí el encargo de cumplir las órdenes del capitán, y dijo dirigiéndose al chino:

—Ping-Ping, vente conmigo.

Ping-Ping, tal vez fuera este su nombre, o quizá llámole así por llamarle de algún modo el gaviero. El chino era simpático, y era de extrañar la circunstancia de que no tuviese afeitada la cabeza ni estuviera provista de coleta; mostraba un pelo negro, sedoso y brillante; a poco más hubiera parecido peinado como las mujeres. En la población cosmopolita de Cantón, tan variada y abigarrada como la de Constantinopla, la del Cairo, la de Chicago, la de cualquiera de esas grandes poblaciones verdaderamente universales, no es raro ver mistificado el tipo indígena que acepta todos o gran parte de los usos y modas extranjeros; por eso, sin duda, el chinito Ping-Ping conservaba su cabellera.

Con el pelo o sin él, poco importaba; Ping-Ping resultó un admirable cocinero.

Era escrupuloso en todo: en la puntualidad, en la variedad y en la limpieza.

No hablaba, y si lo hacía era con un tono de humildad y en voz tan baja, que así su cuidado como su discreción hubieran podido ser estimados como dones de la más perfecta mansedumbre cristiana.

¿Pero de qué modo, cuándo y por qué se había metido en la corbeta aquel pobre diablo?

Nuestra curiosidad en estos puntos no se satisfacía, y hasta el capitán había hecho repetidas veces por satisfa-



cerla y por satisfacer asimismo su curiosidad propia, que mucho le inquietaba; pero Ignacio el gaviero habiéndole un día en secreto, y desde entonces el jefe no volvió a ocuparse en tal asunto.

Sin duda Ignacio habría revelado al capitán el secreto que tanto deseábamos conocer.

Muy singular fue la amistad que el chino y el gaviero se mostraron. Por una parte no parecía sino que Ignacio se creía dueño de aquel juguete humano, de aquel monito sabio, de aquella figurilla de abanico, según le mandaba; y por otra hubiérase podido afirmar que el chino respetaba al gaviero y le quería como un hijo a su padre.

El contraste que entre ambos existía era bien marcado, y sin duda por las muy diversas diferencias resultaba más perfecta la simpatía entre ambos.

Eloy era gigantesco, hercúleo; rebasaba con mucho la talla reglamentaria señalada para los marineros de la marina militar; tenía una musculatura magníficamente desarrollada, pero manos torpes para los trabajos que pidiesen esmero; de entendimiento no era obscuro, pero sí perezoso; el carácter apasionado, vehemente; Ping-Ping ¡era pequeñito: sus manos pequeñitas, endebles, pero habilidosísimas, diestrísimas, admirables operadoras en las faenas más delicadas; hubiera sido prestidigitador portentoso, prodigioso, malabárico y equilibrista extraordinariamente notable.

El carácter de Ping-Ping, frío, apacible; su inteligencia sutil, activa y segura.

La amistad de Ignacio y de Ping-Ping fue pronto motivo de burlescos y continuados comentarios.

Ping-Ping no parecía ocuparse más que de la cocina y de su amigote Ignacio; la cocina parecía el dorado camarín de una dama: estaba muy aseada, y nunca olía allí a guisote ni a fregaduras y despojos; y apenas ter-

minaba el chino sus faenas, buscaba al gaviero, y en los momentos en que les era posible a ambos juntarse y conversar, lo hacían sentados en proa y parlando en voz baja y muy engolfados en su charla. Entendíanse en esa jerga chino-inglesa de los mercaderes de Cantón, y a veces empleando palabras castellanas y vascongadas. Cielo divino, ¿cómo podían entenderse? Por otra parte, ¿de qué hablaban con tanto cuidado e interés? Ya al fin el gaviero un día, cansado, sin duda, de las puyas, indirectas y bromas de sus camaradas, dijo:

—¿Sabéis qué hablar, pues? Doctrina que enseño..... Ping cristiano quiere ser.....

Cristiano quería hacerse Ping; cristiano, ¡y educado por aquel misionero y hablando en algarabía de las lenguas más enrevesadas del mundo, chino, inglés, vascuencel

No cesábamos de reír al saberlo. Por nuestra parte, los oficiales dejábamos al gaviero y al chino que allá, por virtud de un milagro de Dios, se entendiesen, y lamentábamos no tener a bordo un capellán; pero la codicia de los armaderos no piensa que los marinos tenemos alma. La gente respetaba también a Ignacio y a Ping..... porque los puños del gaviero..... eran muy respetables; no obstante, entráronnos a todos dudas del chino..... aquel tunante por halagarnos, y quién sabe por qué más, fingía, sin duda, un gran deseo de entrar en la religión verdadera.

Y los marineros, ya bruscamente hacían a Ping-Ping preguntas de la doctrina, ya le dirigían palabras no muy convenientes, y a veces, además de inoportunas, dignas de represión por lo atrevidas, que casi daban en impías, por efecto de la ignorancia más que de la maldad, de los marineros.

Yo tuve que imponer por esto algunos castigos. Pronto cesó todo esto; en el mar no se puede vivir des-



cuidadamente, porque cuando menos lo espera uno sobreviene un temporal. Interrúmpese la normalidad de la vida, cesan las fiestas y las bromas, y hay que luchar a brazo partido con los elementos.

Anuncióse una mañana próximo y terrible trastorno del tiempo. Agitada la mar, parecía temblorosa de terror ante aquella amenaza del cielo; algunas horas después de aparecer las señales de tempestad, lejos y allá en las alturas de la atmósfera, chocaron y abrazáronse a la brega y en espantoso torbellino dos terribles vientos, dos siniestros genios del mal, la locura espantosa de los huracanes, el remolino índico de Este a Oeste por la dirección del mar; sin duda la corbeta se hallaba a más de mil quinientos kilómetros del eje de la tempestad, y la acción de esta violentísima fuerza alcanzaba aún a mayor distancia.

La airosa corbeta, gentil como un barco de recreo, agitábase como damita nerviosa en brazos de forzado bailarín borracho—no se me ocurre más propia semejanza.—No era, en verdad, buque para correr tales aventuras; lo que tenía de fino y de marinero tenía de velero, ligerísimo como un balandro de regata y bien dispuesto para prestamente en él maniobrar..... mas faltábale solidez y firmeza.

Cabeceos, arfadas violentas, tumbos, sacudidas de los trapos, estremecimientos del cordaje, verdadero ataque de epilepsia, trastorno y desatinados movimientos, tuvieron en un continuo zarandeo la corbeta.

El negro oleaje azotaba con estrepitoso y poderoso empuje los débiles costados, y bañaba con hirviente espuma la cubierta de popa a proa, de babor a estribor.

Ya hubo faena; terrible fue la lucha; por sacudidas violentas parecía que unas veces estábamos en manos de la muerte y otras salvados, para en seguida volver a mayor peligro. Las voces de la maniobra tenían el acento de ple-

garia, y las voces de las plegarias la energía de los gritos del trabajo.

Amarrados, sufriendo las sacudidas del viento y el azote de las olas, habíamos perdido toda esperanza.

Bástenos decir que no podemos explicar, sino achacándolo a acción milagrosa, cómo fue que tras dieciseis horas de terrible angustia salimos por la tangente de aquel círculo de vientos y nos hallamos en una mar menos revuelta y con tiempo bonancible y viento favorable.

—¡Ping-Ping!—gritó el gaviero Ignacio. Y en su jerga de castellano y vascuence acertó a decirnos que el chino había hecho una cristiana promesa y hasta ofrecido su vida por las nuestras.

## II

Quando llegamos a Marsella presentóse a mí el chinito Ping, y me dijo:

—*¿Quiedo capitán habar.....*

—¿Quieres hablar al capitán? Díme lo que sea—le repliqué.

—A capitán.

—Te digo que es lo mismo; el capitán no está ahora para perder el tiempo, y lo que pidieres, si es bueno, sabes, Ping, si es bueno, lo mismo puedo yo otorgártelo.

—Quiere—dijo en esto el guipuzcoano, que se acercó a su querido chinito, y quitándose el sombrero llegóse a hablarme resueltamente;—quiere que todos vayamos a acompañarle a él, a Ping..... a cumplir una promesa ante Nuestra Señora del Mar.

—¿Una promesa?—pregunté.

—Sí; una promesa que hizo la noche del peligro, cuando todos vimos las orejas al lobo... .. Entonces Ping prometió ir con un cable al cuello a postrarse ante la imagen de Nuestra Señora.



—Bueno; que vaya él, y que le acompañen tú y dos o tres camaradas; no tenemos tiempo libre.....

¿Qué dijo al oír esto el chino? ¡Cómo podría yo repetirlo! Fue una queja y una censura francas, una expresión de pena y una suplicante demanda insistiendo en su deseo y todo ello dicho en aquel gracioso chapurrado castellano que tanto nos divertía, y que entonces nos conmovió profundamente,

Era el capitán uno de los marinos más rudos y de los caracteres más bruscos que he conocido; pero estaba dotado de un hermoso corazón, y apenas tuvo conocimiento de lo que Ping pedía, accedió a complacerle.

Así fue, en efecto, a la mañana siguiente todos nos encontrábamos a bordo listos para saltar a tierra; estábamos vestidos con lo que pudiéramos llamar trajes de gala. Ocupamos los botes, desembarcamos, y, formados militarmente, llevando cirios rizados, ramos de flores y otras ofrendas, nos dirigimos al templo en que se halla la hermosísima imagen de Nuestra Señora del Mar. Oímos una misa solemne, entonóse una salve, cantada por todos nosotros, y Ping, el chinito Ping, descalzo, llegóse ante el altar de nuestra santísima Reina y depositó allí un cofrecito de ébano y marfil con el dinero que todos habíamos reunido para que hiciesen a la Virgen un rico manto y en él bordaran las insignias de nuestro buque.

¡Qué profunda emoción produjo en todos nosotros la piedad de Ping!

El capitán, complacidísimo por aquel acto, nos dio en el comedor de una fonda del puerto un almuerzo, y allí, a los postres y después de los brindis, nos reveló a todos lo que, según nos dijo, hábale revelado poco antes el guipuzcoano.

—Os va a sorprender la noticia—dijo.—Ping ya se va a separar de nosotros...

Prodújose al oír esto un rumor entre la gente, porque sin duda la noticia causaba general disgusto.

—¿Pero no sabéis por qué?—añadió el capitán.

Todos pusimos grande atención al oír estas palabras del jefe.

—Pues porque quiere ser monja.

Carcajada general; un bullicio de alborozo, aplausos y hurras acogieron las últimas palabras del capitán de la corbeta.

—Porque Ping, amigos míos..... no lo toméis a broma, es una mujer. ¿Que cómo se explica? Escuchad:

Vagando una tarde Ignacio el guipuzcoano, luego de haber hecho repetidas libaciones de cerveza con whisky, por las calles de Cantón, vio en un casucho-tienda a un chino acetrinado, flaquísimo, como de huesos muy mondados, pero que conservasen aún el color obscuro de la carne; era del Jokien y deseaba vender por 15 o 20 francos una hembra hija suya: Ping-Ping.

Allí estaba acurrucada en el fondo del tenducho, haciendo no se sabe qué tejido como de esparto, mimbres o palma.

Nuestro gaviero arrebañó los cuartos del bolsillo y compró a Ping-Ping; nos la trajo a bordo para que se encargara de la cocina; tuvo la idea de hacerla pasar por muchaco, enseñóle la doctrina cristiana, dióle el agua del bautismo, y por la piedad de esta conversa, no me cabe duda, Dios ha salvado la corbeta.

—Ea, muchachos, despedíos de Ping-Ping. Ping-Ping va a entrar de lega en un convento de religiosas. Va a formar parte de la tripulación de un barco que navega con rumbo al más rico y esplendente de los imperios. ¡Hurra por el gaviero guipuzcoano!

¡Hurra por Ping!

JOSÉ ZAHONERO